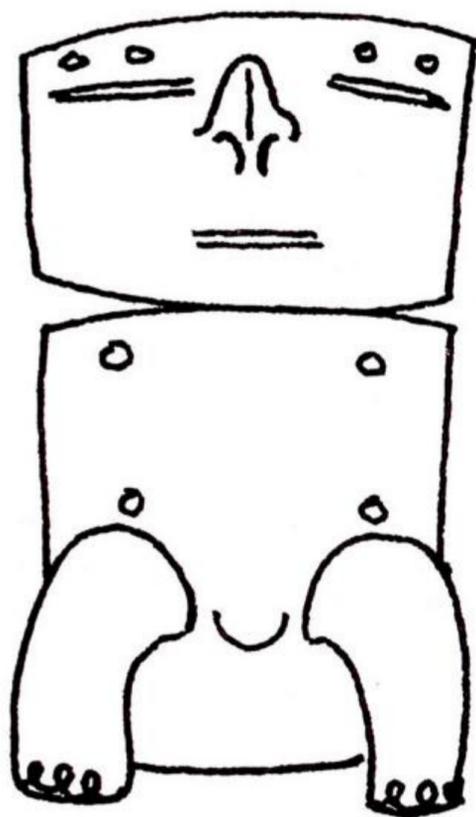


hizo la autora a Mutis entre los años 1991 y 1994. Aquí sí hay material muy apropiado para el estudio sobre el autor, y pienso que deberían ser vertidas muy pronto al español, junto con el libro, pues supongo que habrá universidades a las que se les hará agua la boca frente a este botín semiótico. En ellas aparece resaltada la importancia de la literatura francesa sobre su inspiración, en especial la de Roger Caillois, muy poco resaltada hasta ahora. Al leer a Caillois, como García Márquez al leer a Kafka, Mutis exclamaría: "Si eso puede existir de esa forma, entonces yo también voy a escribir".



Aun así, la sección dedicada a las entrevistas nos deja el sabor de una hermosa oportunidad perdida. Las respuestas de Mutis, aunque afectuosas, sólo dejan entrever que las preguntas son inadecuadas y son la mejor refutación de este libro. Una que otra, en todo caso, es digna de mención:

"Somos los inventores de nosotros mismos. Es evidente". O "Jamás puedes erigirte en juez de quien sea ni de nadie".

Para un lector como yo, que gozo la literatura, dice mucho más y es muy sugerente, como anécdota y acaso como significado, aunque no importe mucho, que, aunque sólo haya sido en un principio, la idea de

los Hospitales de Ultramar le fuera sugerida a Mutis por el hospicio de la Pietà, en Venecia, en el cual Vivaldi era profesor de música de niñas abandonadas y de pocos recursos, para las que compuso los conciertos más bellos del mundo.

Yo prefiero leer las anécdotas y me dice mucho más un detalle oculto en alguna biografía que todos los análisis psicoanalíticos de *El proceso* de Kafka, como, por ejemplo, que, mientras lo escribía, Kafka leía apartes a sus amigos, llorando de la risa o imaginaba, inmensamente divertido, variantes de su propia muerte. He ahí acaso el verdadero significado de la obra. Acaso Kafka, simplemente, nos tomaba el pelo.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Los dudosos héroes de nuestro tiempo

Un mundo muy raro y otras crónicas de Gatopardo
Varios autores (prólogo de Carlos Monsiváis)
Aguilar, Bogotá, 2001, 462 págs.

Con un título que acaso quiere evocar resonancias de un corrido de José Alfredo Jiménez, Aguilar presenta una selección de las mejores crónicas aparecidas en la revista mexicana *Gatopardo* durante el período comprendido entre abril de 2000, fecha de su aparición, hasta finales de 2001. Sensacionalista, amarillista aunque con ínfulas de intelectualidad, esta revista recoge en sus textos de actualidad periodística firmas que van desde el espíritu disperso de Carlos Monsiváis, autor de la presentación, hasta un par de premios Nobel, pasando por nombres tan heterogéneos como Antonio Tabucchi, Ernesto Sábato—que nos ofrece una brevísima autobiografía que no parece de Sábato porque es bastante mejor que Sábato—, Carlo Bizio, quien nos regala un excelen-

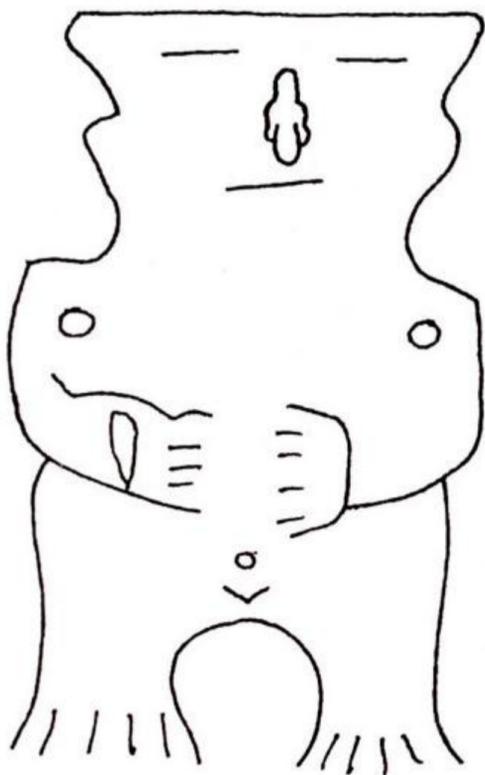
te reportaje a Oliver Stone; Tomás Eloy Martínez, testigo de excepción del once de septiembre; Rodrigo Fresán o Alfredo Molano.

Monsiváis nos recuerda que las grandes revistas se transforman en mitologías, y entre los pocos ejemplos que cita resalta la existencia de *Eco* y de la librería Buchholz en Bogotá, y explica que la función de apoyo literario de las revistas finalizó por completo hacia 1980 para ser reemplazada, para bien y para mal, por las burdas leyes del mercado. "Si en este momento se lee, por ejemplo, a José Saramago, a Antonio Tabucchi, a Paul Auster, a Umberto Eco o a Edward Said, no es por sugerencia de las revistas sino por la mezcla del esfuerzo de la industria y las recomendaciones de lector a lector". En esa renovación aparece *Gatopardo* como referencia obligada, y el resultado es un híbrido curioso en el cual se esbozan ante todo breves biografías de esos héroes de nuestro tiempo, parodiando a Lermontov, personajes latinoamericanos entre siniestros y pintorescos que quieren pasarse de vivos, que oscilan entre la farándula, el escándalo, el crimen, la droga, tanto en su consumo como en su producción, los escándalos financieros, el éxito en las urnas, el mundo de los Bernard Tapie aztecas, de los Berlusconi porteños, de los militares argentinos, que hoy pueden estar en la cárcel y mañana ser los líderes de sus países. Personajes que, como escribió Jules Romains, "se aprovechan en pleno del dudoso servicio que la democracia ha rendido al hombre de nuestras sociedades iniciándolo en la política, habituándolo a ese alcohol, haciéndole creer que la región de las catástrofes le concierne, que la historia lo llama, lo consulta, lo requisiona, a cada instante".

Por estas páginas desfilan entonces todos los sinuosos Vladimiro Illich Montesinos, el "narcoabogado" con un prontuario que lo convierte, según Gustavo Gorriti, en "el Noriega corregido y aumentado de fin de siglo, nacido en esa época en la cual todos los perros se llamaban Laika", admirador de Gadafi, el mis-

mo hombre que sostuvo el régimen del "oscuro" Fujimori y el mercado de armas de los rusos al tiempo que armaba a las Farc y que surgió como abogado que desaparecía expedientes de sus clientes, como el narcotraficante colombiano Evaristo Porras...

En tiempos de Perón la Argentina tuvo su Werner von Braun, un alemán de apellido Richter que quizá era un embaucador y un farsante como aquél que consiguió vender la torre Eiffel a un estadounidense. Del mismo modo encontramos al montonero Rodolfo Galimberti, y está, desde luego, Carlos Menem, otro representante de esa fauna extraña, cuyo héroe en la vida ha sido Don Corleone: "Yo no luché toda la vida para ser presidente seis años y después irme". Ese mismo Menem que se enfrentó a Sábato diciendo que nadie lo podía tachar de inculto, pues había leído las novelas de Sócrates.



Una de las mejores crónicas de este libro, la que le da el nombre a toda la serie, es la que dedica Juan Villoro al presidente mexicano Vicente Fox, aunque en realidad le dedica casi toda a otra figura bastante extraña: el comandante Marcos. Es un mundo de saltimbanquis de feria, ese México feo y grotesco aunque entrañable que descubrieron D. H. Lawrence, Trotski o Malcolm Lowry, un México que parece ser la

patria de los funerales de la Mamá Grande. "Los momentos históricos —dice Villoro— son incómodos pero se sobrellevan con más entereza que los deliciosos besos que contagian virus". Visiones como la de Villoro contribuyen más a que los latinoamericanos no seamos tomados en serio por el mundo civilizado.

También es muy interesante la crónica sobre el extravagante periodista argentino Natalio Félix Botana, personaje como para Alfredo Iriarte (bástenos decir que hacía imprimir todos los días un único ejemplar del periódico, para el presidente Yrigoyen, en el cual alababa su mandato). A propósito, la autora de esta crónica, Claudia Acuña, nos cuenta un episodio muy interesante y olvidado de la vida de Borges: su intento de suicidio en 1934.

Incluso el patético George W. Bush no desperdicia oportunidad de salir en estas páginas con una de sus célebres sentencias: "Todos los condenados a muerte de los Estados Unidos están bien condenados y merecen morir". El autor de esta reseña se pregunta por qué, con motivo de los cien años de la separación de Panamá, a nadie se le ha ocurrido comparar a Bush con el no menos caricaturesco Theodore Roosevelt, con quien tiene tantos puntos en común.

Además de ser una lectura grata, aunque trivial, como en toda antología latinoamericana predominan los dos extremos, argentinos y mexicanos, aunque siempre los colombianos ponen un sano intermedio que se sale de los marcos, la pimienta de América Latina, como diría Cristina en su *show*. Para atenernos a los que nos interesan en particular, esto es, las crónicas relacionadas con Colombia, me referiré brevemente a ellas, no sin antes advertir que, en general, las de los colombianos son las mejores desde el punto de vista de su riqueza cultural.

"La amazona de Wall Street", de Sandra McElwaine, cuenta la historia de la barranquillera Violy McCausland, una trabajadora compulsiva que florece no solamente en dinero y en éxito sino en sentencias

como para envolver chocolates: "Mi fortaleza se basa únicamente en mi tenacidad", "no hay cosas imposibles sino gente incapaz", dice esta reina de Manhattan. Pupila del presidente del Banco Mundial, vecina de Plácido Domingo, y, por lo que entiendo, socia del ex ministro colombiano Rudolf Hommes, rodeada de incontables rumores acerca de su vida extravagante, su mal genio y su actitud altanera, Violy habita el mundo de los *yuppies* de *La hoguera de las vanidades* de Tom Wolfe, con sus BMW con chofer, Bill Blass y Armani (aunque en la crónica pareciera que andar en un beeme con chofer en Manhattan fuera un lujo oriental). Desde luego, ni una palabra acerca del origen de sus míticos ingresos, apenas comentarios de terceros: "La proporción de negocios que no cierra es prácticamente nula". Y si bien la fortuna de cualquier persona en Wall Street puede ser tan sana o insana como la de cualquier otro de los muchos que allí tienen éxito, el hecho de aparecer en esta revista, al lado de tantos delincuentes de cuello blanco, no debe de ser muy agradable y no deja de ser una insinuación de asuntos no del todo limpios.

Pasando a un tema totalmente distinto, pero eso ocurre en una recopilación como ésta, Louise Brooks es la actriz maldita a la cual dedica su crónica Rafael H. Moreno-Durán, la actriz más fascinante del siglo XX, al decir de Adolfo Bioy Casares, quien al parecer sabía algo del tema de las mujeres. Louise "no puede comprender por qué le han pagado por hacer lo que ella entiende como la más maravillosa de todas las acciones humanas". El tema da pábulo al ya célebre regodeo de Moreno-Durán en los temas sexuales. Recorre esos años veinte en Hollywood tan magistralmente descritos por Gore Vidal. Mujer con dotes intelectuales notables, dejó páginas admirables sobre los grandes escritores de la "generación perdida". Escribió que Zelda, la esposa de Scott Fitzgerald, "odiaba a Hemingway porque él sabía que era una loca viciosa, y Hemingway odiaba a Zelda porque

ella sabía que él era básicamente un homosexual que representaba una escena de puños y cama para enganarse a sí mismo". Louise fue una de las mujeres de Chaplin. Al final de sus días escribió, como nos lo recuerda el cronista, que ahora por lo menos comprendía que su belleza fue una bendición y que no haber sabido comercializarla fue la maldición.

La crónica del periodista colombiano Gerardo Reyes, "El encantador de serpientes", nos cuenta las andanzas de Baruch Vega, el infiltrado de la Dea del que nunca se supo bien en qué bando trabajaba. Es más: de este artículo se desprende que quizá nunca se ha sabido de qué lado ha trabajado la Dea entera. Timador perfecto, cobraba gruesas sumas a los narcotraficantes colombianos para que Estados Unidos los olvidara. Y lo increíble del asunto es que, además, ¡cumplía! No sólo eso: los invitaba a grandiosos paseos en la Florida, con yate incluido, con protección e inmigración aseguradas por parte de las autoridades estadounidenses. "Por lo menos diez narcotraficantes arrepentidos viajaron a Orlando a visitar el mundo de Disney con el permiso de la Dea", nos cuenta Reyes. Vega ha sido, entre otros, el hombre clave en el acercamiento entre ese paranoico inteligente que es Carlos Castaño y el gobierno de los Estados Unidos. ¿El secreto del éxito para este bogotano? Muy sencillo: "Mi papá nos decía: 'Si corres detrás de las mujeres lindas, ellas te llevarán a los hombres de más éxito en el mundo entero'. Y afirma, para terminar: "Yo quiero que quede claro que mi trabajo siempre ha sido sacar de, no meter colombianos a la cárcel".

Ricardo Santamaría nos regala una crónica basada en sus años como embajador de Colombia ante el gobierno de Fidel Castro. "El hombre detrás de Fidel" es Carlos Lage, un político que dice no tener ninguna ambición personal dentro de un gobierno revolucionario. Las palabras de Lage son toda una apología de la Revolución. "Oyendo hablar a Carlos Lage, —dice Santamaría—, de crecimiento económico, déficit fiscal,

inversión extranjera, presupuesto anual, por momentos uno se olvida de que Cuba es un país socialista y que su gobierno persiste en la idea de continuar por ese camino". Santamaría intenta desentrañar la grandeza que hay en la posición de estos hombres aislados frente al mundo: "Y no puede uno dejar de pensar, independientemente de los sentimientos que tenga frente a Cuba, que hay algo heroico en la vida de estas personas, enfrentadas a muerte a la nación más poderosa de la tierra".

Fernando Gómez hace una visita al Museo del Prado en Madrid, y a sus restauradores de cuadros, en la que mezcla con fortuna la información técnica con el chismorreo. Álvaro Sierra se basa en una visita que hizo al Tíbet en 1999. Lo que nos cuenta no es nada nuevo, y me pregunto si era preciso hacer tan largo viaje para eso. Se me ocurre que, si nos hubiéramos tenido que inventar una crónica viajera, habríamos escrito más o menos lo mismo que escribe Sierra.



En opinión de este reseñista, las dos crónicas más atractivas de este volumen son ambas viajeras: la visita a Praga de Rodrigo Fresán, quien es, hoy por hoy, a pesar de lo poco que lo conocamos en Colombia, uno de los mejores escritores argentinos, y "La cuna de la mafia", un delicioso viaje por Sicilia del colombiano Alfredo Molano. Sorprende la prosa ágil y efectiva de alguien que ha sido

el narrador de los conflictos sociales, metido en otros terrenos. Molano, a través de su búsqueda de la naturaleza de la mafia, como hubiera podido hacerlo sobre los coccaleros del Guaviare, aprovecha para hacer una reflexión sobre el papel de la crónica. "El calor es tan grande que, se diría, suena al caer". Y sobre todo, no olvida las menciones literarias más célebres sobre Sicilia, empezando por Píndaro y Empédocles: Durrell, Lampedusa y su Gatopardo y, desde luego, Marguerite Yourcenar, autora de la mejor y más conmovedora descripción que del Etna se haya hecho alguna vez.

Un mundo muy raro, en suma, el de estos Violy, Baruch, Natalio Félix, Vladimiro Illich, etcétera, seres que de raro no tienen solamente sus nombres de pila.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Botero, cincuenta años

Fernando Botero.

Cincuenta años de vida artística

Varios autores

Antiguo Colegio de San Ildefonso,
Ciudad de México, 2001, 169 págs, il.

El 15 de junio de 1951 un pintor antioqueño de 19 años de edad llamado Fernando Botero presentó su primera exposición individual en Bogotá. Se había establecido cinco meses atrás en la capital colombiana, tal vez animado por la venta que hizo allí mismo, en 1949, de su acuarela *Jornaleros*, obra que pintó en Puerto Berrío, donde estuvo de paso en camino hacia Barranquilla porque quería conocer el mar.

La exposición, que fue un éxito de público y de ventas, tuvo lugar en la sala de recibo de la Galería Foto Estudio de Leo Matiz (1917-1998). Fueron exhibidas veinticinco obras en diferentes técnicas (acuarelas, dibujos, aguadas y óleos) y con esti-